

Es una verdadera demencia, dice S. Cipriano, no ver é ignorar que las pasiones engañosas no seducen mucho tiempo. La noche existe mientras no aparece el día; pero, llegado ya el día y levantado el sol, es preciso que huyan las tinieblas y que cesen los crímenes que ántes se cometían (1).

Ciegos espirituales, ya os arrepentireis un día, pero será demasiado tarde é inútilmente. Comprendedlo, y abrid los ojos á la luz cuando aún es tiempo: trabajad mientras que es de día: aceptad la gracia ahora que se os ofrece, temerosos de que, despues de haber imitado á las vírgenes necias, no os quepa también su triste suerte, y despues de haber, como ellas, dejado apagar la luz de vuestras lámparas, no la busqueis con lágrimas en los ojos sin conseguir encontrarla. Temed oír de los labios de Jesucristo, soberano Juez, aquellas terribles palabras que pudieran excluirlos de las bodas celestiales: En verdad, os lo digo, no os conozco: *Amen, dico vobis, nescio eos.* (Math. XXV. 42).

Medios de salir de la ceguera espiritual.

Para salir de la ceguedad espiritual, es preciso:

1.º Vivir de la verdad..., vivir de la inmortalidad..., vivir de la eternidad,....

2.º Orar. Señor, decía el Salmista, ilumina mi vista, para que no me duerma en la muerte, y para que mi enemigo no diga un día: Le he vencido: *Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte, ne quando dicat inimicus meus: Prevalui adversus eum.* (XII. 45). Dios mio, disipad mis tinieblas: *Deus meus, illumina tenebras meas.* (Psal. XVII. 29).

3.º Aproximarnos á Dios y permanecer cerca de él: así veremos muy claro: *Accedite ad eum et illuminamini.* (Psal. XXXIII. 6).

4.º Abrir los oídos y los ojos á la fe: *Surdi, audite; et ceci, inveni.* (Isai., XLII. 18).

5.º Levantarse, sacudir la pereza espiritual, la tibieza. Jerusalem, levántate; recibe la luz, porque ha venido tu lumbrera y ha nacido sobre tí la gloria del Señor, dice Isaías: *Surge, illuminare, Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.* (LX. 1).

6.º Evitar todo retraso en obrar. Andad, dice Jesucristo, mientras tenéis luz, á fin de que las tinieblas no os sorprendan: *Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebræ comprehendant.* (Joann. XII. 35).

7.º Ir á Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida. Yo soy la luz del mundo, el que me sigue, dice él mismo, no anda entre tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida: *Ego sum via, et veritas, et vita: Ego sum lux mundi: qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vite.* (Joann. XIV. 6., et VIII. 12).

(1) Hæc est vera dementia, non cognoscere et nescire, quod fallacie non diu fallunt. Nox est tamdiu quamdiu elucescit dies; clarificatio autem diei, et solis abortio, luci tenebræ et colligium cedere, et quæ grossabantur atrociam cessare, necesse est. *Epist.*

CIELO.

La palabra Paraíso viene de la hebráica *Parles ó Para*, que quiere decir Jardín de los Mirtos. De este vocablo tomaron los latinos *Paradisus*, Paraíso.

Hay tres cielos: el cielo atmosférico, el cielo en que efectúan sus evoluciones los astros, y el cielo de los bienaventurados, en donde á descubierto habita la Divinidad.

Santo Tomás pregunta si podría Dios hacer cosas más grandes, más perfectas que todas las que hizo, y este santo Doctor responde afirmativamente; pero exceptúa sin embargo tres cosas: Jesucristo, la Virgen María y la bienaventuranza de los elegidos. La humanidad de Jesucristo debe hallarse exceptuada, nos dice, porque está unida á Dios de una manera hipostática; también la bienaventurada Virgen, porque es madre de Dios; y la bienaventuranza creada, porque es el goce de Dios. La humanidad de Jesucristo, la Virgen María y la bienaventuranza, ó el cielo, sacan del bien infinito, que es Dios, cierta perfeccion infinita. Por esta parte, nada puede Dios hacer mejor, así como nada puede tampoco existir mejor que Dios. (I. p. q. 2 art. 6).

El cielo es la obra maestra de Dios.

Dios, en estas tres cosas, dice S. Agustín, agotó su ciencia, su poder, sus riquezas y su bondad: *Plus dare nescivit, plus dare non potuit, plus dare non habuit.* (Lib. de Civit.).

Para formarnos una idea del cielo y de la felicidad de los elegidos, consideremos la inmensa diferencia que hay entre la tierra y el cielo.

Hay una diferencia infinita entre el cielo y la tierra.

La vida en la tierra no es más que una muerte lenta,.... S. Agustín dice: No sé si he de llamar á esta vida una muerte que vive, ó una vida que muere. (*Medit.*, c. XIX).

Nuestros padres, dice S. Pablo á los Hebreos, confesaban que eran extraños y viajeros en la tierra: *Confitentis quia peregrini et hospites sunt super terram.* (XI. 13).

¡Cuán vil me parece la tierra cuando miro el cielo! exclamaba S. Ignacio de Loyola: *¡Quam sordet mihi terra, cum caelum aspicio!* (Ita Ribaden., in ejus vita).

¿Qué queréis? dice S. Agustín: ¿Queréis amar las cosas temporales, y pasar con el tiempo; ó no amar al mundo, y vivir eternamente con Dios? *¿Quid vis? ¿Utrum amare temporalia, et transire cum tempore; aut mundum non amare, et in æternum vivere cum Deo?* (Epist. XXXVI).

Todo lo que existe en la tierra, es extraordinariamente vano, de poca duración, variable, corruptible y engañoso. Al contrario, en

el cielo, al lado de Dios, todo es sólido, eterno, inmutable, incorruptible, verdadero y seguro. La vanidad de las cosas de la tierra está en oposición con la realidad de las cosas celestiales; en aquellas sólo hay fragilidad: en éstas, solidez; en aquellas brevedad: en éstas eternidad; en aquellas cambios: en éstas inmutabilidad; en aquellas muerte: en éstas vida, y vida constante. En la tierra está la mentira: en el cielo la verdad; en la tierra la ilusión: en el cielo la realidad; aquí los sudores, el trabajo, la pena, el dolor, el recelo: en el cielo el reposo, la alegría, la certidumbre y la paz.

¡O verdad suprema, realidad que no engaña, amor duradero, preciosa y querida eternidad del cielo!

¿Que ceguedad es esta que nos embarga? dice S. Bernardo: tener sed de amargas y pecados, sumergirnos en el naufragio del mundo, buscar los males de una vida que huye, querer estar enfermos, y no inclinarnos más bien á la felicidad de los Santos, á la sociedad de los ángeles, á las delicias de la vida contemplativa, en la que brilla el poder de Dios y se revelan las riquezas superabundantes de su bondad infinita! (*Medit.*).

Toda la Escritura, dice S. Agustín, nos exhorta á desprendernos de la tierra y á dirigir nuestras miras al cielo, en donde se halla la verdadera y suprema felicidad: *Tota series Scripturarum nos á terrenis ad caelestia erigi adhortatur, ubi vera et sempiterna est beatitudo.* (Lib. de Civit.).

Aquí en la tierra, enojos, tribulaciones, hambre, sed, miserias, enfermedades, lágrimas, tentaciones, peligros y mil pruebas diferentes; en el cielo, salud, alegría, alabanza y dicha.

En la tierra, dice S. Agustín, se halla turbación: en el cielo, posesión tranquila; en la tierra, amarguras: en el cielo, una gloria y un poder que no engañan: aquí el temor de que el amigo se convierta en enemigo: en el cielo, el amigo no deja de serlo, porque el cielo no conoce la enemistad; en la tierra, se teme perder lo que quiere poseerse: en el cielo, Dios, que es el autor de la recompensa eterna, la da para siempre á los que disfrutan de ella. En la tierra somos desgraciados, vagamos sobre las olas de un mar borrascoso, expuestos á las tempestades y á los naufragios, y no sabemos si llegaremos al puerto. Nuestra vida es un destierro, andamos rodeados de peligros, y en la hora de la muerte ignoramos si iremos al cielo. En el cielo, no hay ni destierro, ni peligro, ni incertidumbre, ni tempestad, ni naufragio. (*Medit., c. XIX.*)

Siete cosas son necesarias para la felicidad del hombre, dice el venerable Beda, y sólo pueden encontrarse éstas en el cielo: 1.º una vida á que no ponga término la muerte; 2.º una juventud no seguida de vejez; 3.º una luz que no deje de brillar; 4.º una alegría jamás alterada por la tristeza; 5.º una paz no expuesta á turbarse; 6.º una voluntad que no experimente obstáculos; 7.º un reino que no pueda perderse....

La tierra, dice S. Agustín, no es más que una cárcel; sin embar-

go esta cárcel es ya bella, agrada: ¿qué será pues la patria? *Si carcer ita pulcher est, patria qualis est?* (De Conflict. vit.).

Existe, dice S. Gregorio Nazianceno, una patria para los grandes hombres, para los hombres verdaderamente virtuosos: es aquella Jerusalen que sólo se comprende con la inteligencia, y no estas ciudades que vemos oprimidas en estrechos muros, y habitadas por ciudadanos que pasan y desaparecen. Estas mansiones terrestres, estas pretendidas patrias se parecen á la escena de un teatro. (*In Distich.*)

San Gregorio de Niza decía de S. Basilio: Jamás ha temido el destierro, porque estaba convencido de que tan sólo el Paraíso es la patria de la humanidad: miraba la tierra toda como un lugar común de destierro. (*Orat.*)

Los santos de todos los siglos y de todos los países han mirado la tierra como un destierro, el cielo como la única y verdadera patria....

¿Cuál no debe ser, dice S. Bernardo, la abundancia de un lugar en donde no hay nada de lo que no se quiere y se encuentra todo lo que se desea? *¿Quæ est copia ubi nihil quod nolis sit, et totum sit quod velis?* (De Tripl. gen. honor.). La remuneración de los elegidos, dice en otra parte este gran Santo, es un torrente de delicias, un río impetuoso de goces. Es un río que corre lleno de una á otra parte y que jamás se seca. Se la compara á un río, no porque pase, sino porque tiene su profundidad. (*Serm. in errores huj. seculi.*)

El ojo no ha visto, el oído no ha percibido, ni el corazón del hombre jamás concibió lo que Dios ha preparado á los que le aman, dice S. Pablo á los Corintios: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quæ preparavit Deus iis qui diligunt eum.* (I. II. 9). *El ojo del hombre jamás ha visto; y sin embargo, ¿qué no ha visto el ojo del hombre? La hermosura del firmamento, las maravillas de la naturaleza, la primavera, las grandes ciudades, las grandes fiestas, etc.... El oído jamás ha percibido; y sin embargo, ¿qué armonías no le han conmovido? Ha oído cantos admirables, voces arrebatadoras, sinfonías maravillosas, el canto de los pájaros, la elocuencia de los oradores! El corazón del hombre jamás ha concebido; y sin embargo, ¿qué no concibe el corazón del hombre?....*

Grande y bienaventurado Apóstol: vos que, arrebatado hasta el tercer cielo, habeis visto, oído y concebido tantas maravillas; vos que habeis visto la misma esencia de Dios, decidnos lo que habeis visto, lo que habeis oído y lo que habeis concebido. Escuchad su respuesta: *Audivit arcana verba quæ non licet homini loqui:* He visto, oído y concebido maravillas que no puede expresar un hombre. (*II. Cor. XII. 4.*)

He visto un cielo nuevo y una nueva tierra, dice S. Juan en el

El cielo es la verdadera patria.

Hermosura y riquezas del cielo.

Apocalipsis: *Vidi caelum novum, et terram novam.* (XXI. 1). Uno de los siete ángeles, añade este apóstol, vino y me dijo: Venid, y os mostraré la Esposa novia del Cordero. Y me trasportó en espíritu á la cumbre de una alta montaña, y mostróme la ciudad santa de Jerusalem que bajaba del cielo y venía de Dios, la cual tenía la claridad de Dios; y su luz era semejante á una piedra preciosa, á piedra de jaspe trasparente como el cristal. Tenía una muralla grande y alta, y doce puertas, y doce ángeles en las puertas. Tres de aquellas puertas al Oriente, tres al Norte, tres al Mediodía, y tres al Occidente. La muralla de la ciudad tenía doce cimientos, y en ellos los doce nombres de los doce Apóstoles del Cordero. Y el que hablaba conmigo tenía una caña de medir que era de oro para medir la ciudad, las puertas y la muralla. La muralla estaba construida de piedras de jaspe: la ciudad era de un oro puro, semejante á cristal muy limpio. Y los cimientos de la muralla de la ciudad estaban adornados con toda suerte de piedras preciosas. El primer cimiento era de jaspe, el segundo de záfiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardónica, el sexto de sardio, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el nono de topacio, el décimo de crisopraso, el undécimo de jacinto, y el duodécimo de amatista. Y las doce puertas son doce perlas; y cada puerta estaba hecha de una de estas perlas, y el pavimento de la ciudad era oro puro y trasparente como el cristal. Y no vi ningún templo en la ciudad, porque el Señor Dios omnipotente y el Cordero son su templo. Y la ciudad no necesita sol ni luna que alumbrén en ella, porque la claridad de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera. No hay noche en aquel lugar, y nada que esté manchado entrará allí, ni tampoco ninguno de los que cometen la abominación y la mentira, sino tan sólo aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero. (C. XXI). Y el ángel me enseñó un río de agua vivifica, clara como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza de la ciudad, en las dos orillas del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando su fruto cada mes, y las hojas del árbol sirven para curar á las Gentes. Allí no habrá ya maldiciones, sino que Dios y el Cordero estarán de asiento en ella, y sus servidores le servirán. Y verán su rostro, y tendrán el nombre de él escrito en la frente. Y allí no habrá jamás noche, y no necesitarán luz de antorcha, ni luz de sol, porque el Señor Dios les iluminará y reinarán por los siglos de los siglos. (C. XXII). Y yo Juan, soy el que he oído y visto estas cosas: *Et ego Johannes, qui audivi et vidi hæc.* (XXII. 8).

Ved las bellas y ricas maravillas que S. Juan escribe de la ciudad santa: 1.º Es la nueva Jerusalem en un cielo nuevo y una nueva tierra. 2.º Es el tabernáculo de Dios con los hombres; Dios habitará con ellos; ellos serán su pueblo, y él será su Dios. 3.º Dios enjugará todas sus lágrimas. 4.º Dios lo renovará todo: *Eccæ nova facio omnia.* 5.º La Jerusalem celestial brilla con la claridad de Dios; allí

jamás hay noche, sino un día que dura eternamente; no necesita ni sol ni luna, porque el esplendor de la luz de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera. 6.º Tiene una muralla de jaspe; esta muralla significa la fuerza y la seguridad de los elegidos. 7.º Sus doce puertas indican que el cielo está abierto de todas partes y en todos tiempos y á todas horas, para, los justos y para los Santos, sin excepcion de personas. 8.º Tiene doce cimientos. Estos doce cimientos significan que descansa sobre la santidad y sobre la doctrina contenida en el Simbolo de los Apóstoles, que tiene doce artículos. 9.º Es cuadrada; lo que indica su exacta y perfecta arquitectura, así como la admirable union de sus ciudadanos. 10. Es vasta y espaciosa; de donde se deduce su magnificencia y el inmenso número de sus habitantes. 11. Sus edificios y sus plazas son de oro puro como el cristal; porque en el cielo todo es puro y precioso, y todo se manifiesta á los elegidos. 12. Dios es su templo; porque los elegidos ven, respetan, honran, adoran y alaban á Dios y al Cordero. 13. Las naciones marcharán á su luz, y los reyes de la tierra llevarán su gloria á su seno; es decir que en el cielo estarán remidas la pompa y la gloria de todos los reyes, de los principes y de los pontífices. 14. El río de vida significa la abundancia de sabiduría y de todos los placeres puros. Los árboles, tan bellos y tan fértiles, señalan la inmortalidad y la eternidad.

El cielo está construido por mano del mismo Dios: ¿cuál no es pues su hermosura, su esplendor y sus riquezas? Dios es su incomparable adorno. El lugar que los elegidos ocupan allí, es infinitamente hermoso, puesto que está preparado por el mismo Jesucristo: Voy á prepararos el sitio, dice á sus Apóstoles: *Vado parare vobis locum.* (Joann. XIV. 2). Con su sangre y su muerte ha comprado y pagado á Dios su Padre el precio de estas moradas celestiales, las ha comprado para dárnoslas. Y si quereis conocer su valor, apreciad si podeis, el valor de la sangre de Jesucristo....

¿Qué serán, dice S. Agustin, las riquezas de aquel cuya pobreza nos ha hecho ricos? *Quid factura sunt divitias ejus, cujus paupertas nos divites fecit?* (In Epist. II. ad Cor.). En efecto: ¿qué ha empleado Jesucristo para rescatarnos? Un peso y una cruz.... ¿Qué no tendremos pues en el cielo, en donde manifiesta todos sus tesoros?

Todo lo bueno que existe, dice S. Agustin, está en el cielo, y ninguna cosa mala jamás penetra allí: *Quidquid boni est, ibi est; et quidquid mali est, ibi nusquam est.* (Lib. XXII. de Civit., c. XXX). El cielo, dice en otra parte, es una ciudad cuyo rey es una verdad, cuya ley es la caridad, y cuya duración es la eternidad: *Calum est civitas, ubi rex est veritas, lex caritas, modus aternitas.* (Lib. de Civit.). ¿De qué bienes, dice S. Eucherio, Dios no ha de colmar á sus elegidos en el cielo, el que tanto da aquí en la tierra á los ingratos? *Quam bona rependet bonis, qui tam magna largitur ingratís?* (Epist. ad Valer.).

El reino de los cielos, dice S. Agustín, sobrepaja en grandeza á todo lo que puede decirse; es superior á todos los elogios, y aventaja á todas las glorias imaginables: *Regnum Dei omni fama majus est, omni laude melius, omni gloria quae putatur, excellentius.* (Lib. de diligendo Deo, c. XVIII).

¡Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos ha regenerado con una viva esperanza para alcanzar algún día una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, y que es inmarcesible, que nos ha reservado en el cielo! (I. 1. 3-4).

El Señor en Sion es grande: elevado está sobre todos los pueblos, dice el Salmista: *Dominus in Sion magnus, et excelsus super omnes populos.* (XCVIII. 2).

Si la gloria del Señor llenaba el templo de Salomón, ¿de qué gloria no ha de estar lleno el cielo, lugar en donde habita? Por esto decía Isaías que los elegidos verán al Rey en su gloria: *Regem in decore suo videbunt.* (XXXIII. 47).

Lo que Dios prepara á los que le aman, dice S. Eucherio, no puede ser comprendido por la fe, ni penetrado por la esperanza, ni conocido por la caridad; sobrepaja infinitamente á todos los deseos y á todos los votos: es una cosa que puede obtenerse, pero no apreciarse en su justo valor (1).

Vuelve la vista á Sion, dice Isaías, ciudad donde se celebran nuestras solemnidades; tus ojos verán á Jerusalén, esta mansion opulenta, una tienda que no podrá ser trasladada á otra parte: *Respice Sion, civitatem sollemnitatis nostrae; oculi tui videbunt Jerusalem, habitacionem opulentam, tabernaculum quod nequaquam transferri poterit.* (XXXIII. 20). Desde que el mundo es mundo, los hombres no han concebido, el oído no ha percibido, el ojo no ha visto, sino sólo Vos, oh Dios, lo que habéis preparado para aquellos que os están aguardando, dice el mismo profeta: *A saeculo non audierunt, neque auribus perceperunt, oculus non vidit, Deus, absque te, quae preparasti expectantibus te.* (LXIV. 4).

¡O ciudad de Dios, gloriosas cosas se han dicho de tí! exclama el Real Profeta: *¡Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei!* (LXXXVI. 3).

Hablando del brillo y de la gloria de los Santos en el cielo, S. Crisóstomo dice que el último de los elegidos posee en el cielo un esplendor y una gloria mayores que las que Jesucristo ha manifestado en su transfiguracion, porque moderó ambas cosas para adecuarlas á la vista de sus tres Apóstoles. Por otra parte los ojos del cuerpo no pueden sufrir un brillo que los ojos del alma sufren perfectamente. Luego los Apóstoles no veían más que la gloria exterior, y en el cielo

Brillo y esplendor de los elegidos, primer principio de su felicidad en el cielo.

(1) Id quod parat Deus diligentibus se, fide non comprehenditur, spe non attingitur, caritate non capitur, desideria et vota transcenditur, adquire potest, aestimari non potest. *Epiat.*

veremos á la vez la gloria exterior é interior de Dios y de cada uno de los elegidos. (*Homil. ad pop.*).

En el cielo, dice S. Agustín, los elegidos ven á Dios sin interrupcion: el conocimiento que tienen de él, no está sujeto á error; le aman sin poder ofenderle, y le alaban sin cansarse jamás (1).

Ahora no vemos á Dios, dice S. Pablo, sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras; pero entónces le veremos cara á cara. Yo no le conozco ahora sino imperfectamente; pero entónces le conoceré á la manera que soy yo conocido: *Videmus nunc per speculum in ænigmate; tunc autem facie ad faciem. Nunc cognosco ex parte; tunc autem cognoscam sicut et cognitus sum.* (I. Cor. XIII. 12).

Dios es todo en todos, dice el gran Apóstol: *Deus omnia in omnibus.* (I. Cor. XV. 28).

Queridísimos míos, dice el apóstol S. Juan: ahora somos hijos de Dios; pero no aparece todavía lo que algún día seremos. Sabemos si que cuando se manifestare claramente Jesucristo, seremos semejantes á él, porque le veremos como él es: *Carissimi, nunc filii Dei sumus: et nondum apparuit quid erimus. Scimus quoniam, cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est.* (I. II. 3).

Señor, en vuestra luz veremos la luz, dice el Salmista: *In lumine tuo videbimus lumen.* (XXXV. 10).

En el cielo, la razon está plenamente iluminada, y la inteligencia no tiene que temer el error. En el cielo, los elegidos desean, ansian ver, y ven todo lo que desean... Ven la esencia de Dios en sí misma; ven el misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnacion y de la Redencion: Veremos á Dios tal como es: *Videbimus eum sicuti est.*

Todos los divinos atributos de Dios aparecen claramente á los ojos de los elegidos....

La Divinidad de Jesucristo, dice S. Agustín, es como el gran sol que preside al día de la bienaventuranza celestial; y su humanidad es como la luna que preside á la noche de este siglo. (*Lib. de Civit.*).

Santa Teresa cuenta que un día Jesucristo le enseñó su mano glorificada. Para darnos una idea del brillante esplendor de esta mano, hace la comparacion siguiente: Figuraos, dice, un rio muy limpio, cuyas aguas corren blandamente por un cauce del más puro cristal; figuraos aún quinientos mil soles, tan brillantes y más brillantes todavía que el que ilumina la tierra, lanzando y reuniendo en este rio todos sus rayos reflejados por el cristal sobre que corre; pues bien; esta luz deslumbradora no es más que una noche oscura si se la compara con el esplendor de la mano de Jesucristo. Santa Teresa no habla más que de la mano de Jesucristo: ¡cuál no será pues la luz y el brillo que despidan su humanidad y su divinidad unidas! Unid al esplendor del Hijo el del Padre y del Espíritu Santo, el de la

(1) Ita siquidem videtur Deus sine intermissione; cognoscitur sine errore; amatur sine offensione; laudatur sine fatigatione. *Lib. de Civit.*

Madre de Dios, el de los nueve coros de Angeles, el de los Patriarcas y de los Profetas, de los Apóstoles y de los Mártires, de los Confesores y de las Virgenes, el de todos los Santos.....

Resplandezca, dice el Salmista, sobre nosotros la luz del Señor Dios nuestro: *Et sit splendor Dei nostri super nos.* (LXXXIX. 17).

En el cielo, dice la Sabiduría, los justos brillarán como el Sol, y como centellas que discurren por un cañaveral, así volarán de unas partes á otras. (III. 7).

Jerusalen, ciudad de Dios, brillará con una luz deslumbrante, exclama el santo hombre Tobías: *Jerusalem, civitas Dei, luce splendida fulgebis.* (XIII. 41-43).

Felices habitantes de la ciudad eterna, dice Isaías, ya no habrás menester sol que te dé luz durante el día, ni te alumbrará el esplendor de la luna, sino que el Señor mismo será la sempiterna luz tuya, y tu gloria ó claridad el mismo Dios tuyo, y los días de vuestro luto habrán acabado: *Non erit tibi amplius sol aducendum per diem, nec splendor lune illuminabit te; sed erit tibi Dominus in lucem sempiternam, et Deus tuus in gloriam tuam, et complebuntur dies luctus tui.* (IX. 19-20).

Dará á mis elegidos, dice el Señor por medio de Jeremías, una tierra que merezca ser el objeto de todos los votos, una brillante herencia: *Tribuam tibi terram desiderabilem, hereditatem præclarum.* (III. 19). La patria celestial, herencia nuestra, dice Sto. Tomás, está iluminada por el esplendor de la vision divina. (*In his verbis Jerem.*).

Los justos, dice Jesucristo, resplandecerán como el sol en el reino de su Padre: *Justi fulgebunt sicut sol in regno Patris eorum.* (Math. XIII. 43).

Dentro de poco ya no me vereis; mas poco despues, en resucitando, me volveréis á ver: porque me voy al Padre, dice Jesucristo á sus Apóstoles. (*Joan. XVI. 16*). Dios, dice S. Agustín, no retarda mucho el cumplimiento de su promesa; poco despues le veremos en un lugar en donde nada tendremos que pedir, nada tendremos que indagar, porque nada nos quedará que desear ni conocer (1).

Los elegidos ven siempre á Dios, dice en otra parte este gran Santo, y desean verlo siempre: tan agradable es la vista de Dios en este deleite descansan llenos de Dios. No separándose de la soberana bienaventuranza, son felices; contemplando sin cesar la eternidad, son eternos; unidos á la verdadera luz, se convierten tambien en luz. ¡O bienaventurada vision en la que se contempla en toda su hermosura al Rey de los Angeles, al Santo de los Santos, á quien todos deben la existencia! Justos, rogocíjao, estremeceos de alegría, porque veis á aquel á quien amais; teneis á aquel á quien de-

(1) Non tardat Dominus promissum: modicum et videbitis eum, ubi jam nihil rogamus, nihil interrogamus, quia nihil desiderandum remanebit, nihil querendum latebit. *Lib. de Civit.*

seais; poseeis á aquel que va jamás temereis perder: el es la salvacion, la vida, la paz y todos los bienes (1).

En el cielo, dice S. Bernardo, veremos el brillo de la gloria, el esplendor de los Santos, la majestad de un poder verdaderamente real; conoceremos el poder del Padre, la sabiduria del Hijo, la bondad infinita del Espíritu Santo. ¡O bienaventurada vision, que consiste en ver á Dios en si mismo, en verle en nosotros, y en vernos en él con una feliz alegría con una inexplicable felicidad! (2).

Los elegidos son iluminados por el esplendor de Dios, y por su propio esplendor, que es el reflejo del de Dios. Dios, el eterno sol de justicia, llena el cielo y á los elegidos con su divino brillo. Los Santos son como otros tantos soles sumergidos en los rayos del sol supremo del que reciben todo su brillo, al mismo tiempo que cada uno de ellos participa tambien del esplendor de todos sus compañeros de gloria. Todos ven á Dios entero en si mismo, todos ven á Dios entero en todos los elegidos, todos se ven en Dios, Dios está entero en todos y en cada uno: *Ut sit Deus omnia in omnibus.* ¡O hermoso cielo, se dicen de tí cosas gloriosas! ¡gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei!

En el cielo se cumple la súplica, el deseo de Jesucristo cuando decía á su Padre, hablando de sus discipulos: Haced que todos sean una misma cosa, y que como tú, ó Padre, estás en mí y yo en tí por identidad de naturaleza, así sean ellos una misma cosa en nosotros por union de amor. Yo estoy en ellos, y tú en mí, á fin de que sean consumados en la unidad: *Ego in eis, et tu in me, ut sint consummati in unum.* (Joann. XVII. 23). Hé aquí, dice S. Bernardo, el fin, hé aquí la consumacion, hé aquí la perfeccion, hé aquí la paz, la alegría en el Espíritu Santo, este es el silencio del arrobamiento en el cielo: *Hic est finis, hæc est consummatio, hæc est perfectio, hæc est pax, hoc est gaudium in Spiritu Sancto, hoc est silentium in celo.* (In hæc verba Joann.).

Dios está todo en todos sus elegidos, á fin de manifestar en ellos todo su poder, y ser allí la vida, la salvacion, la virtud, la abundancia, la gloria, el honor, la paz y todos los bienes. Estas palabras del Apóstol «Dios está todo en todos» deben entenderse, dice S. Jerónimo, en el sentido siguiente: El Señor, Salvador nuestro, no está todo en todos aquí en la tierra, sino solamente en parte en cada

(1) Semper vident, et semper videre desiderant: tam desiderabilis est ad videndum. In hac delectatione requiescent pleni Deo; adherentes semper beatitudini, beati sunt; contemplantes semper eternitatem, æterni sunt; juncti vero luminí, lux facti sunt. O beata visio, videre Regem angelorum in decore suo, videre Sanctum Sanctorum, per quem omnes facti sunt. Gaudete et exultate, justi, quia videtis quem amastis, habetis quem desiderastis diu, tenetis quem amittere nunquam timetis: ipse est salus, vita pax et omnia bona. *De Anima et Spiritu.*

(2) Ibi videmus glorio decorem, Sanctorum splendorem, et regis potestatis honorem; cognoscimus Patris potentiam, Filii sapientiam, Spiritus Sancti benignissimam clementiam. O beata visio, videre Deum in seipso, videre in nobis, et nos in eo felici jucunditate, et juvenili felicitate. *In I Medit., c. IV.*

Union de los elegidos con Dios, segundo principio de su felicidad en el cielo.

uno. Por ejemplo: está en Salomón por la sabiduría, en David por el poder, en Job y en Tobías por la paciencia, en Daniel por el conocimiento de las cosas futuras, en Pedro por la fe, en Pablo por el celo, en Juan por la virginidad, y en otros por otros favores. Pero cuando haya llegado el fin del mundo, entonces estará todo en todos; cada santo tendrá todas las virtudes, y Jesucristo estará entero en cada uno de ellos. (*Epist. ad Amand.*).

Dios está todo en todos: 1.º Así como gotas de agua se incorporan al océano, así todos los bienaventurados se pierden en Dios por la visión beatífica y por el amor; están absortos y unidos á Dios que es el soberano bien y merece soberanamente ser amado. 2.º Esta unión de los elegidos con Dios es semejante á la luz del sol que penetra la atmósfera de tal manera que ella misma parece ser la luz; así Dios llena de tal manera á los bienaventurados con su esplendor y su gloria, que ellos parecen más bien dioses que hombres. 3.º Es semejante á la unión del hierro y del fuego. Bajo la acción del fuego, el hierro se enrojece y parece que se convierte en fuego; así los elegidos, amando y poseyendo á Dios, quedan de tal manera abrasados con el fuego divino, que llegan en cierto modo á transformarse en Dios. 4.º La miel mezclada con el agua convierte ésta en miel; así Dios con su dulzura alimenta y embriaga de tal manera á los elegidos, que parecen ser la misma dulzura; porque Dios es un océano infinito de delicias, de alegría y consuelo. 5.º Los acordes armoniosos llenan agradablemente el oído de todos los que los oyen; así los elegidos están llenos de las divinas armonías de Dios. 6.º Un espejo sin mancha recibe y refleja todas las figuras que están delante de él, de modo que parecen vivir y moverse allí; de la misma manera todos los elegidos existen, viven y se mueven en Dios.

¿Quién comprenderá, dice S. Bernardo, la multitud y la extensión de las delicias contenidas en estas dos palabras: Dios está todo en todos? Es por el entendimiento la plenitud de la luz; por la voluntad, la paz perfecta; por la memoria, la eternidad. ¡O verdad, ó caridad, ó eternidad! suspira por vos, porque desgraciadamente está lejos de vos. Esperad en Dios: todo error se alejará de vuestro entendimiento, toda resistencia de vuestra voluntad, todo terror de vuestra memoria, y vendrá luego una luz admirable, una serenidad completa, una seguridad eterna, nuestra alegría y nuestra esperanza. Dios, como verdad, verificará la primera maravilla; como caridad, verificará la segunda; como poder supremo, obrará la tercera. (*Serm. XI. in Cant.*).

Aquí está la tienda de Dios levantada entre los hombres, dice el Apocalipsis, y permanecerá con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios habitando en medio de ellos será su Dios: *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis; et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis erit eorum Deus.* (XXI. 3).

Del mismo modo que algunos llevan en la mano flores odoríferas á fin de respirar los suaves perfumes que despiden, así Dios tiene en su

mano ó más bien en su corazón á todos sus elegidos, y se deleita con el dulce olor de sus virtudes.....

Los elegidos encontrarán una felicidad inefable en el amor que han de experimentar los unos por los otros en su unión, y en la comunicación de los bienes de todos á cada uno, y de los bienes de cada uno á todos.

Escuchad á S. Agustín: En el cielo, dice, no habrá celos que provengan de la desigualdad de amor; todos se aman de la misma manera: *Non erit ibi aliqua invidia disparis caritatis, ubi in omnibus regnat unitas caritatis.* (De cælesti vita). El cielo, añade el mismo Doctor, será testigo de un hermoso espectáculo: ningún inferior envidiará la suerte de los que estén encima de él, como en el cuerpo humano el dedo no tiene celos del ojo, ni los oídos de la lengua, ni los pies de la cabeza. ¿No deberán sin embargo los elegidos de un puesto inferior tener envidia de los que les sobresalen? No, responde S. Agustín: Un pequeño vaso que esté lleno, está tan lleno como uno grande; un estanque cuya agua se desborde, está tan lleno como el mar; nada le envidiará ni puede envidiarle, puesto que no puede recibir ni una gota más de lo que contiene. Así sucede con los elegidos. Dios está igualmente en todos; solamente aquel que haya traído más, no dinero, sino fe, tiene mayor capacidad relativamente á Dios: *Deus omnibus equaliter adest; sed apud Deum plus habet loci, qui plus attulerit, non argenti, sed fidei.* (Homil. de Cent. Ovib.).

Tal caridad une tan perfectamente á los elegidos entre sí, que el bien que un elegido no recibe directamente, lo recibe en cierto modo con la felicidad que experimenta viéndolo recibido por otro; está tan satisfecho del bien que cabe á sus compañeros, como del suyo propio: *Tanta vis caritatis ibi omnes associat, ut bonum quod quisque in se non accepit, in alio se gaudeat accepisse.* (Lib. IV. Moral., c. XXXI). Todos poseen á Dios, que es la unidad perfecta, y en esta unidad no constituyen más que uno. Así, en la misma tierra los primeros cristianos daban un espectáculo análogo: no tenían todos más que un corazón y un alma; ninguno consideraba como suyo nada de lo que poseía, sino que todo era común: *Multitudinis autem credentium erat cor unum, et anima una; nec quisquam eorum, que possidebat, aliquid suum esse dicebat, sed erant illis omnia communia.* (Act. IV. 32).

Una madre tierna se alegra de las caricias y de los regalos que conceden á su hijo querido; los mira como si los hicieran á ella misma: de la misma manera cada uno de los elegidos mira como hechos á sí mismo los bienes que Dios hace á sus compañeros.

Esta íntima unión y caridad es la alegría de los bienaventurados; ella constituye su regocijo; cada uno de ellos se alegra á la vez de su propia felicidad y de la felicidad de los otros; cada uno de ellos es feliz por la dicha de todos, y todos lo son por la dicha de cada

Los elegidos estarán unidos entre sí: cada uno de ellos participará de los bienes de todos, y todos de los bienes de cada uno, tercer principio de su felicidad.

uno. Así multiplican su felicidad. Una fuente inagotable apaga la sed de cien mil hombres lo mismo que de uno sólo, y ninguno de ellos tiene ganas del agua que los demás beben, puesto que es abundante, y no ha de agotarse por más cantidad que se consuma: lo propio sucede con los elegidos. Existe entre ellos una unión que da todos no hace más que uno, unión infinitamente íntima y perfecta que jamás se alterará ni podrá quebrantarse. Están consumados en la unidad, esto es en Dios: *Ut sint consummati in unum.*

Hay tan grande amor, dice S. Anselmo, por una parte entre Dios y los elegidos, y por otra entre los mismos elegidos, que todos los elegidos se aman mutuamente tanto como cada uno de ellos se ama á sí mismo, pero todos aman á Dios más que á sí mismos: *Tanta erit dilectio inter Deum et eos qui ibi erunt, et inter seipsos, ut omnes invicem diligant sicut seipsos, sed plus omnes ament Deum quam seipsos.* (Epist. II. ad Hugon.).

Todos, dice S. Bernardo, tienen la misma alegría, el mismo afecto, los mismos goces, la misma voluntad, el mismo pensamiento y un amor eterno. (*Medit., c. IV.*)

Los elegidos son los herederos de Dios, dice S. Pablo: *Heredes Dei.* (Rom. VIII. 17). Esta herencia, dice S. Agustín, no es como las de la tierra; no disminuye con el número de los que tienen derecho á ella; lo mismo hay para muchos que para algunos, lo mismo hay para todos que para uno sólo. Cada cual recibe toda la herencia, puesto que tiene á Dios entero; y todos lo reciben íntegramente, estando Dios todo en todos: *Deus omnia in omnibus.* Dios no constituye á los elegidos herederos de un bien que se les entrega por muerte de su poseedor; se da él mismo en herencia, y los destina á vivir eternamente con él. Aquí en la tierra, es menester alcanzar la muerte del poseedor para heredar; en el cielo, es preciso que el donador, que es Dios, viva siempre á fin de que los que están llamados á poseerle puedan recibir y guardar siempre su herencia. En la tierra lo que tiene uno no lo tiene otro; en el cielo cada cual posee lo que los demás poseen, y todos tienen el bien de los demás, esto es Dios. Dios no ha colocado límites en sí mismo, ni al rededor de él, y nadie puede establecerlos. Dice á cada elegido del mismo modo que á todos: Hedme aquí; yo soy el océano sin límites y sin orillas; me entrego á vosotros, gozad de mí. (*In Psal. CXXXVI. CLXIX.*)

Todos poseen la herencia por entero, sin que disminuyan las riquezas de Dios, dice S. Ambrosio; y la herencia es tanto mayor para cada uno de los herederos, cuanto son más numerosos. (*In Psal. CXVIII.*)

¡O ciudad celestial! se han dicho cosas gloriosas de tí: ¡Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei!

Dios hará eternamente la voluntad de los elegidos, y ellos harán eternamente la de Dios.

Escuchad á Hugo de S. Victor: En el cielo, dice, hay todo lo que puede amarse, todo lo que puede desearse. Si la hermosura place á los justos, brillarán como el sol: *Iusti fulgebunt sicut sol.* (Matth. XIII. 43). ¿Desean ser ágiles y fuertes? Serán semejantes á los ángeles. ¿Desean una larga vida? Tendrán la eternidad. ¿Desean la salud? Será perfecta. ¿Quiéren ser saciados? Señor, exclama el Rey Profeta, yo seré saciado cuando se me manifestará vuestra gloria: *Satiabor cum apparuerit gloria tua.* (Psal. XVI. 15). ¿Tienen sed de felicidad? Señor, prosigue el Salmista, la abundancia de vuestra casa les embriagará: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ.* (Psal. XXXV. 9). ¿Quiéren placeres y alegrías? Vos les hareis beber, Señor, en el torrente de vuestras delicias: *Torrente voluptatis tuæ potabis eos.* (Psal. XXXV. 9). ¿Quiéren sabiduría? Todos la poseerán, todos serán enseñados de Dios, dice Jesucristo: *Erunt omnes docibiles Dei.* (Joann. VI. 45). ¿Quiéren un gran poder? So internarán en la consideración de las obras del Señor: *Introibo in potentias Domini.* (Psal. LXX. 16). Serán omnipotentes sobre su voluntad y sobre la voluntad de Dios, como Dios lo será sobre la suya. Porque de la misma manera que Dios puede por sí mismo todo lo que quiere, los elegidos pueden por Dios todo lo que ellos quieren. ¿Quiéren honores y riquezas? Dios les hace dueños de todos sus bienes: *Supra multa te constituam.* (Matth. XXV. 21). Animo, servidor bueno y fiel, dice Jesucristo, tú has sido fiel tratándose de cosas de poca importancia, y por lo mismo te haré dueño de grandes bienes: participa de la alegría de tu Señor: *Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam: intra in gaudium Domini tui.* (Matth. XXV. 21). ¿Desean la seguridad y no hallarse jamás sujetos al temor? Están tan ciertos de no perder jamás el bien que poseen, como de no consentir ellos mismos en perderlo. Están seguros de no verse jamás privados de Dios, á quien aman y que les ama.

¿Quiéren una recompensa? Yo, dice el Señor, seré su recompensa, y recompensa superabundante: *Ego ero merces tua magna nimis.* (Gen. XV. 1). ¿Quiéren la paz? Están sumergidos en el mismo río de la paz, en el océano divino. ¿Desean la alegría? Todo en el cielo, dice Isaías, respirará alegría y regocijo; allí se oirán los continuos ecos de las acciones de gracias y los cánticos de alabanzas. (*LI. 3.*)

¿Quiéren la agilidad, la imposibilidad, la claridad, la sulteza? S. Pablo les asegura que sus cuerpos tendrán todas esas hermosas dotes. (*I. Cor. XV. 42-44.*)

Ellos poseen á Dios, que es la hermosura, la fuerza, la duración, la salud, la sabiduría, el poder, la riqueza, la paz, la alegría en grado supremo.

¿Quiéren la perfección de todos los bienes? Tienen á Dios. ¿Quié-

En el cielo Dios hará la voluntad de los elegidos, y los elegidos harán la voluntad de Dios, cuarto principio de su felicidad.

ren el alejamiento de todos los males? En el cielo jamás habrá dolores, dice el Apocalipsis: *Neque dolor erit ultra*. (XXI. 4). Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos; ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamores, ni dolor; todo esto habrá pasado: *Absterget Deus omnem lacrymam ob oculis eorum; et mors ultra non erit, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra, quia prima abierunt*. (Apoc. XXI. 4). Para ellos la muerte está vencida; han triunfado de ella y cantan la derrota y su victoria: *Ubi est, mors, victoria tua?* (I. Cor. XV. 55).

¿Habrá en el cielo tentaciones? No, el tentador ha sido arrojado y excluido de allí para siempre.

Así como Dios puede hacer todo lo que quiere por sí mismo, de la misma manera los bienaventurados hacen todo lo que quieren por Dios. No hay más que una ley en el cielo, y es la ley del amor de Dios. Ley á la cual todos los elegidos quieren y querrán eternamente conformarse, porque encuentran en ella su suprema felicidad. No quieren más que lo que Dios quiere. Lo que los elegidos quieren, Dios lo quiere; lo que Dios quiere, los elegidos lo quieren; lo que un elegido quiere, todos los elegidos lo quieren, y Dios lo quiere. Todos quieren lo mismo: amar á Dios y ser amados de él. Lo que quieren, está conforme con sus deseos, y sus deseos están conformes con la voluntad de Dios. Tienen todo lo que quieren, todo lo que aman, todo lo que desean; y Dios por su parte encuentra en ellos todo lo que quiere, y todo lo que ama. Ellos desean, y sus deseos quedan satisfechos. Quedan saciados, y no dejan de desear. Para que la ansiedad no acompañe á sus deseos, dice S. Gregorio, reciben todo lo que desean al punto que lo desean; y para que el disgusto no suceda á su saciedad, aunque saciados, no dejan de desear. Desean sin cansarse, porque el efecto corona su deseo; y quedan saciados sin experimentar disgusto, porque el deseo nace de su misma saciedad. Así por una parte deseo eterno de ser saciados, y por otra cumplimiento eterno de sus eternos deseos: *Ne sit in desiderio anxietas, desiderantes satiantur; et ne sit in satietate fastidium, satiati desiderant. Et desiderant sine labore, quia desiderium satietas comitatur; et satiantur sine fastidio, quia ipsa satietas ex desiderio semper accenditur*. (Lib. XVIII. Moral., c. XXVIII).

Estaremos llenos de los bienes infinitos de la casa de Dios, dice el Salmista: *Replebimur in bonis domus tue*. (LXIV. 5).

¡Qué inefable felicidad gozaremos en el cielo! Dios será todo en todos: *Deus omnia in omnibus*.

¡O ciudad de Dios! gloriosas cosas se han dicho de ti: *¡Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei!*

En el cielo los elegidos serán reyes, quinto principio de su felicidad.

Felicidad inefable de los elegidos; serán reyes. Lo que cada elegido quiera, sea con relacion á sí mismo, sea con relacion á sus compañeros, sea con relacion al mismo Dios, al momento se verificará. ¿No es esto ser un gran rey? ¿Existe otro comparable en la tierra?

Todos juntos con Dios serán reyes, y no formarán más que un sólo rey y como un sólo poder. Cada elegido será perfectamente rey, porque se verificará al instante todo cuanto quiera. ¿Quereis ser reyes en el cielo? Amad á Dios y al prójimo como debéis, y merecereis ser lo que deseais.

Yo he visto, dice S. Juan en el Apocalipsis, una gran muchedumbre que nadie podia contar, de todas las naciones, de todas las tribus, de todos los pueblos y de todos los idiomas; estaban de pié delante del trono y delante del Cordero llevando vestidos blancos con palmas en las manos: *Vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat, ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis, stantes ante thronum, et in conspectu Agni, amicti stolis albis, et palma in manibus eorum*. (VII. 9). Estas palmas indican la victoria; á los vencedores se les concede honores reales.

Los elegidos verán la cara de Dios; su nombre estará escrito sobre sus frentes; reinarán en los siglos de los siglos; gozarán constantemente de la vista de Dios, como amigos é íntimos suyos, y serán ménos servidores que príncipes y reyes.

Recibirán el reino de la gloria y una brillante diadema de la mano del Señor, dice la Sabiduría: *Accipient regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini*. (V. 17). Esta mencion de una diadema, significa que los elegidos serán reyes en el cielo: obtendrán el reino de Jesucristo, y toda su gloria, como vencedores del mundo, de Satanás y de la carne. La diadema es la insignia tanto del Rey como del vencedor.

El Señor, oh Jerusalem, te volverá á traer tus hijos, conducidos con el decoro de hijos del reino, dice el profeta Baruch: *Portatos in honore sicut filios regni*. (v. 6).

¡O Señor, exclama S. Agustin, cuán glorioso será vuestro reino, en donde todos los Santos reinan con Vos, revestidos de luz como con un manto, y teniendo sobre sus cabezas una corona de piedras preciosas! ¡O reino de los Santos y la diadema de su gloria! (1).

Las palabras de tronos y coronas que se presentan tantas veces en el lenguaje de la santa Escritura, prueban que todos los elegidos serán reyes.

¡O ciudad de Dios! cosas gloriosas se han dicho de ti! *¡Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei!*

Los elegidos serán transformados en Dios por su vision y su amor; estarán como incorporados en él; Dios llenará de tal manera á sus elegidos con su gloria, que parecerán mas bien dioses que simples criaturas.

En el cielo los elegidos serán como dioses, sexto principio de su felicidad.

(1) *¡O quam gloriosum est regnum, in quo tecum, Domine, regnant omnes Sancti, amicti lumine sicut vestimento, habentes in capite suo coronam de lapide preciosi! ¡O regnum beatitudinis, sempiternae, ubi tu, Domine, spes Sanctorum, et diadema glorie!* Soliloq., c. XXXV.

En el cielo, todos los elegidos son dioses, dice S. Agustín: *Quot quot ibi sunt, dii sunt* (De spiritu et anima).

La gloria es la consumación de la gracia; los elegidos, dice S. Pedro, participan de la naturaleza de Dios: *Divinae consortes naturae*. (II. 1. 4.) Allí participan ellos plena y perfectamente; porque Dios, manifestándose claramente á los bienaventurados, los cambia en sí mismo, á fin de hacerse semejantes, esto es, felices, gloriosos y como Dioses. El término de todas las acciones y de todas las contemplaciones de los elegidos, es la deificación: se convierten en Dios como el hierro se convierte en fuego.

En el cielo, el alma, iluminada por la luz increada, brilla con un esplendor divino: el amor de Dios se apodera de ella de tal manera, que nada aparece en ella sino Dios; se parece al hierro enrojecido en una fragua, que se convierte en fuego.

Sabemos sí, dice el apóstol S. Juan, que cuando se manifestare claramente Jesucristo, seremos semejantes á él en la gloria, porque le veremos como él es: *Scimus quoniam, cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam vidēbimus eum sicuti est*. (I. III. 2.)

Entre Dios y nosotros existen tres principios de semejanza: 1.º la naturaleza; porque, como Dios, somos de una naturaleza inteligente; 2.º la gracia, que hace nacer en nosotros las virtudes, como dice S. Bernardo; 3.º la gloria beatífica que en el cielo nos acerca á Dios tanto como es posible.

En el cielo, dice S. Agustín, el alma humana estará como absorta y perdida; se hará divina: *Absorbebitur et perdetur mens humana et fiet divina*. (In Psal. XXXV.)

San Bernardo asegura que Dios en esta vida todo lo ha arreglado con número, peso y medida, pero que en el cielo todo está allí sin peso, número ni medida. (*Serm. in Cant.*.)

Los elegidos ven á Dios en él mismo, lo ven en sí mismos, y se ven en él.....

En el cielo se cumple en algún modo el dicho de Satanás á nuestros primeros padres: Seréis como dioses: *Eritis sicut dii*. (Gen. III. 5.)

¡O ciudad de Dios! cosas gloriosas se han dicho de ti: *¡Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei!*

En el cielo los elegidos tendrán la felicidad suprema, poseerán todos los bienes.

En el cielo, los elegidos meditan la majestad incomprensible de Dios; saborean sus dulzuras; le admiran, le aman y le alaban. Aquel á quien nada le falta, es verdaderamente rico y feliz; pero sólo á los bienaventurados no les falta nada: ellos son pues los únicos ricos y felices.

¡Cuán grande es la felicidad de los elegidos! dice S. Agustín. En el cielo ningún bien hace falta, ningún mal existe; se alaba allí á aquel que es todo en todos. Bienaventurados aquellos que habitan en vuestra casa, Señor; ellos os alabarán durante los siglos de los siglos. Todos los miembros de la asamblea de los elegidos se ocupan en celebrar á Dios. Solamente está la gloria verdadera allí

en donde no hay lisonja para el que es alabado, ni error de parte del que alaba. En el cielo está el honor verdadero que no se rehusa á ninguno de los que lo merecen y sólo se concede á los que son dignos. (*Lib. X. de Civit., c. VII*)

En el cielo existe la paz que no tiene término, la gloria infinita, la eterna alegría, la fiesta eterna.....

En el cielo, dice S. Agustín, brilla aquel que no puede estar contenido en ningún lugar; allí se oye una armonía que el tiempo no limita; allí se respira un perfume que no se llevan los vientos; allí se saborea un placer que no altera la saciedad. Allí se ve á Dios sin esfuerzo, se le conoce sin temor de equivocación, se le ama, se le alaba sin interrupción. (*De Spiritu et anima*.)

¿Cómo, Señor, exclama S. Bernardo, no habeis de embriagar á los elegidos con un torrente de placeres, vos que habeis derramado sobre los mismos que os crucificaron el bálsamo de vuestra misericordia? (*Serm. in Cant.*.)

En el cielo, dice S. Agustín, está el colmo de la felicidad, la gloria suprema, la alegría infinita, y en fin todos los bienes: *Ibi est cumulus felicitatis, supereminens gloria, superabundans letitia, et omnia bona*. (Lib. Medit., c. XIX.)

Apresurémonos pues á entrar en aquel reposo eterno, dice S. Pablo á los Hebreos: *Festinemus ergo ingredi in illam requiem*. (IV. 11.) En efecto, dice S. Crisóstomo: el descanso está allí, en donde no hay ni solicitud, ni trabajo, ni tristeza, ni dolores, ni gemidos, ni agonía. No es de esta tierra de la que se dijo: Comerás el pan con el sudor de tu rostro. Todo allí es paz, regocijo, felicidad y delicias. Allí no hay envidia, ni celos, ni enfermedades, ni muerte; allí no hay tinieblas, sino un día sereno; allí no hay cansancio ni disgusto. (*Homil. VI*.)

En el cielo, dice S. Gregorio, está la luz que no se apaga, la alegría que no interrumpen los gemidos, el deseo que no cansa, el amor sin tristeza, la saciedad sin disgusto, la vida que no se acaba con la muerte, la salud que jamás se altera por enfermedades. Una caridad perfecta reina allí; una misma alegría y un mismo regocijo existen para todos..... (1).

En el cielo, dice S. Bernardo, la recompensa consiste en ver á Dios, vivir con Dios, vivir de Dios, estar cerca de Dios, y estar en Dios, que será todo en todos. Y en donde se halla Dios, el bien supremo, allí se halla la felicidad suprema, el supremo placer, la verdadera libertad, la caridad perfecta, la eterna seguridad y la eterna libertad, la caridad perfecta, la eterna seguridad y la eterna felicidad perfecta, la hermosura y la bienaventuranza infinitas. Allí se encuentran la paz, la piedad, la bondad, la luz, la virtud, la honradez,

(1) Ibi est lux sine defecto, gaudium sine gemitu, desiderium sine poma, amor sine tristitia, solietas sine fastidio, vita sine morte, salus sine languore. Perfecta viget in omnibus caritas, una omnium letitia, una iocunditas. In Psal. VII.